

esa orden de concentración, o que hayan ignorado su emisión. Será seguramente con el derecho que la pasividad o la inconsciencia les han concedido, o con el derecho que la debilidad da a la fuerza bruta.

Y cómo estos gringos desconocedores de nuestro país pueden concebir factible esa reconcentración, en una área tan extensa como montañosa, donde los caseríos están diseminados a largas distancias, y donde todavía quedan las casucas aisladas en el corazón de los montes? En esa extensa región viven su vida los dueños, los poseedores de su tierra, el habitante nicaragüense que es señor en su

heredad, para que ningún canalla llegue a interrumpirle en el laboreo de su campo. Que Sandino está ahí de nuevo. Bien y ¿cómo no es su país, su patria, el suelo por cuya libertad ha emprendido la lucha?

Puede fincarse y se finca la iniquidad en Nicara-

Comienza el castigo de Dios

Nueva York, Junio, 16. Ariel News.—Por desgracia para los negocios de este país, hoy se registró en la bolsa de esta ciudad—que vale decir en la de Estados Unidos—una fortísima baja, alcanzando la depreciación de las acciones, un ni-

vel más bajo aún que en los checks pasados, calculándose que las pérdidas suman la exorbitante y casi increíble cantidad de cuatro mil millones de dólares, es decir, casi el doble que lo motivó la enorme alarma de los días pasados.

Palabras de escándalo

Ciertas apreciaciones del doctor Sacasa en elogio de los beneficios que los Estados Unidos han reportado a su país y su deseo de que alcancen también a los otros pueblos de América, han provocado críticas duras de periódicos de Buenos Aires. La actitud del antiguo exPresidente de Nicaragua y jefe de la revolución constitucionalista, no tiene por qué sorprender. El doctor Sacasa procede en político y, más aún, como político sectario. De ahí que sus actos no se amolenden tanto a una ideología permanente, como a consideraciones sugeridas por un oportunismo práctico. En consecuencia, no importa en primer término el principio moral en sí, ni siquiera el interés de la nación, sino los efectos que una conducta determinada

pueden derivarse para el grupo político a que se pertenece, en relación con el bando contrario.

Sacasa ya no es el jefe del movimiento que, hostilizado sistemáticamente por la política de los Estados Unidos y entorpecido en su acción por la ingrencia de los marinos norteamericanos en las actividades revolucionarias, proclamó por fin el credo autonomista, después de haberse esforzado en vano por conquistar la simpatía de la Casa Blanca con adulaciones, resignación y servilismo.

Sacasa representa hoy en día al Gobierno de Moncada, como Ministro diplomático en Washington, y ya este cambio substancial de posición obliga a manifestaciones muy distintas. Pero hay algo más fundamen-

tal y es que Sacasa jamás dejó de sentir admiración por los Estados Unidos, ni nunca se debilitó en él la convicción de que los destinos de su país se hallan, desde hace ya bastante tiempo, en manos de los norteamericanos. Para confirmarlo, no habría más que seguir en la memoria su viacrucis desde que los acontecimientos lo hicieron abandonar Nicaragua. Sacasa, antes de iniciar cualquier gestión que reivindicara los derechos del régimen constitucional que representaba y antes de aceptar ofrecimientos de ayuda que le hicieron con el mismo fin, trató, no sólo de conocer el criterio oficial del Departamento de Estado, sino de obtener el apoyo de la cancillería de Washington para que el orden legal se

cluir pronto. Nosotros sabemos cómo y Dios nos oiga.

(Dios que está acumulando problema serio en Yanquilandia. A cuatro o cinco millones de sus habitantes falta trabajo hoy, y el hambre es mala consejera y los mercados yanquis tiemblan. Ha de llegar una conmoción social en aquel país, y sus dirigentes no estarán entonces para contemplar dificultades en otro territorio, cuando la dificultad les haya invadido. Y entonces será la hora en que el hombre-dinamita, Sandino, estalle como la purificación en un suelo donde el delito se ha enseñoreado).

restableciese en su país. Y tan honda era la creencia de que tocaba a los norteamericanos el desplazamiento material de Chamorro, que se tradujo desde luego en desencanto e inconformidad, cuando Mr. Kellogg se limitó a una simple declaración contra el golpe de la Loma y sus consecuencias políticas.

Si Sacasa se lanzó más tarde a la aventura revolucionaria, puede decirse casi con la seguridad de no equivocarse, que no lo hizo por impulso propio y quizá obró contra sus íntimos propósitos. Sacasa se vió empujado y arrastrado por fuerzas superiores a su voluntad, que lo dominaban, precisamente por su condición de hombre y político de partido.

Carlos Buer Avilés

La barbarie yanqui y su aliado José Ma. Moncada

El diario "El Espectador," de San Salvador, trae el artículo que insertamos la continuación. No necesita comentarios y sólo agregamos el detalle de que esa barbarie tiene un fiel y sumiso aliado en José María Moncada, el bárbaro. Dice como sigue la importante publicación salvadoreña:

Ayer tarde recibimos un mensaje procedente de Managua, en el cual se nos informa que las tropas americanas invasoras, han resuelto emplear gases asfixiantes para EXTERMINAR a los rebeldes o "bandoleros" que se encuentran aún en algunas regiones de Nicaragua. Así es que por obra de la incontrastable fuerza de los Estados Unidos y por desgracia de estos pueblos, tenemos ya en Centro América lo que jamás habíamos soñado siquiera: la pavorosa "guerra química".

La guerra de la metralla y de aviones, el gran aparato bélico que los rubios de América han llevado a la sacrificada tierra nicaragüense, horribles estragos han causado entre las filas de los "bandoleros" nicaragüenses, y en los pueblos que se habían desarrollado al amparo de la Naturaleza, en los ricos campos de la Patria. Pero al Comando americano, que levanta patibulos para los nicaragüenses y ametralla a los pueblos, quizás ha pensado que todos estos horrores son pocos para el pueblo de Nicaragua, y así

ha ordenado que aviones de la Armada Aérea americana, de esa armada que tan siniestra y fantásticamente grande ha de parecer a los pequeños y desamparados pueblos nicaragüenses, que desde las alturas a donde no llega la venganza de los hombres, y desde donde no les es dado a los pueblos débiles defenderse, disparen sus proyectiles de gases asfixiantes. . .

No sólo los pueblos de Nicaragua sufrieron la mortífera persecución que los norteamericanos despliegan contra los rebeldes nicaragüenses: la prensa entera ha informado frecuentemente, en el transcurso de los años, sobre la destrucción de aldeas hondureñas, por el nutrido bombardeo de aviones norteamericanos, quienes causaban esos perjuicios en su tenaz persecución contra los rebeldes nicaragüenses.

Per a la metralla, quizá se consideró clemente, y da paso, ahora, al fósgeno, al bromuro bencílico, a la bromoacetona, a todos los diabólicos inventos de la alquimia guerrera, que, como se lo habrán propuesto los hijos de la tierra de la Democracia y de la Libertad, no dejarán vivo a un solo "bandolero", aunque la "muerte gaseosa", en su ciego y trágico avance, en su vuelta y destruya familias y poblaciones enteras, tanto nicaragüenses, como hondureñas, y quizá más tarde también costarricenses y del resto de Centro América.

Pero hoy, después, de

tantos años, los Estados Unidos han descubierto que a los "bandoleros" de un país amigo o a los ciudadanos empeñados en una lucha estéril contra la invasión, hay que destruirlos, aunque en ello esté el sacrificio de pueblos enteros, y por medio de los gases precisamente.

Varios son los "valientes" pilotos norteamericanos cuyo pecho heroico ha sido exornado con medallas en los Estados Unidos, por haber bombardeado, desde las grandes alturas, posiciones de rebeldes y pueblos nicaragüenses y hasta hondureños que tenían la imprudencia de estar debajo de donde operaban aquellas máquinas de guerra. Muy altos y merecidos fueron aquellos honores. Pero los yankees que ahora EXTERMINEN hasta el último rebelde y más estragos causen con sus mortíferas gases en las regiones de la tierra invadida, no merecen sólo medallas. Merecen más, mucho más: un monumento; que no en balde habrán sido los fundadores del vasto imperio de desolación y muerte de que habló el historiador latino, cuando dijo: "Ubi solitudinem, pasen appellant."

Es auténtica la noticia y la encontramos confirmada en el periódico de un indio de apellido Largaespada, agente de publicidad del oprobio yanqui en Nicaragua. Léase lo que informa "Diario Moderno", de Managua, de 31 de mayo recién pasado:

"Consecuente el Comando de la Guardia con el plan de exterminación del bandolerismo por medio de bombardeos aéreos y de gases asfixiantes, dispuso se hiciera la reconcentración de las gentes que viven en una área de diez millas al rededor de la cabecera. El término para la reconcentración expiraba el último de este mes; pero no siendo suficiente el tiempo, el Comando dispuso prorrogarlo por diez días más.

Diez días en la barbarie prolonga el "perdón de la vida" a tantos seres inocentes como perecerán en esos bombardeos aéreos y en esta inhumana aplicación de gases asfixiantes.

Porque no sabemos cómo se las podrían componer los ejecutores de esa orden para dejar caer metralla sobre los soldados de Sandino, sin que la muerte alcance a los no combatientes, a las mujeres, a los niños. . .

Pero no la infamia ha de concluir algún día, y ese día se acerca. Cuando haya caído para siempre ese montgote trágico que se llama Presidente Moncada. Entonces sabrán los interventores que el pueblo de Nicaragua comienza a sacudirse de sus opresores, y entonces comprenderán la necesidad de fundar la verdadera paz entre su fuerza y el derecho de un país pequeño pero con aspiración de justicia y de libertad.